

En él halló reproducidas las facciones de su madre.

En su carácter, la dulzura, la bondad, la inteligencia de aquella mujer sublime que tan inmenso cariño había despertado en su alma.

Inés creyó llegado el momento de revelar al niño la verdad de su origen.

Colon la detuvo.

Cuando estuvieron solos:

—No decidle nada hasta que os halleis en Madrid, pero preparad su ánimo para la revelación.

Inés, que ya solo vivía para el amor de su hija, para la gratitud que debía á Colon, accedió á sus ruegos y se dispuso á partir á Barcelona, donde aún estaba la corte para vivir allí con Diego y con Fernando.

Matías Sampayo debía acompañarles, y el viaje no tardó en llevarse á cabo.

La gloria acalló los pesares que había experimentado Colon, y se trasladó á Sevilla donde había á la sazón gran movimiento, donde afluían de todas partes, no solo soldados que aspiraban á tomar parte en la expedición, sino mercaderes de todas clases que llevaban víveres, municiones, seguros de hacer un buen negocio, porque los reyes querían que nada faltase.

Sigámosle á Sevilla.

Capítulo XXIX.

El Consejo de Indias y el obispo Fonseca.

A su llegada encontró nuevas cartas de los reyes, que, temerosos de que don Juan II intentase jugarle una mala pasada, le exhortaban á que apresurase los preparativos de la marcha y se diese á la vela.

Llegó á Sevilla á principios de Junio, y durante muchos días no descansó un momento.

Se entendió directamente, gracias á los plenos poderes que tenía, con los dueños de los buques que necesitaba, negoció con los proveedores de víveres y de municiones, conversó con los que aspiraban á embarcarse, y activó de una manera maravillosa los trabajos preparatorios.

No tardaron en llegar á la capital de Andalucía el superintendente nombrado por los reyes para ocu-

parse de los negocios del Nuevo Mundo y el contador Soria.

Unidos los esfuerzos de unos y otros dieron por resultado la reunion de diez y siete buques entre grandes y pequeños, que eran los que debian componer la escuadra.

Se nombraron los mejores pilotos para que los condujeran, y Colon, Soria y Fonseca pasaron revista con gran solemnidad á la tripulacion.

—Puesto que hemos de colonizar las nuevas tierras que descubra, conviene á mi propósito,—dijo Colon al superintendente,—llevar granos de todas clases, semillas de varias plantas, vides y al mismo tiempo hábiles labradores, mineros, carpinteros y otros menestrales que puedan enseñar á los indios, á fin de que nada falte en la colonia.

Al mismo tiempo necesito llevar gran cantidad de juguetes, cascabeles, espejos, cuentas de abalorio, etc., para traficar con los indios, que se pagan mucho de esas fruslerías y nos dan en cambio de ellas oro y piedras preciosas.

—Lo que debeis llevar,—dijo Fonseca,—son soldados aguerridos, municiones bastantes y víveres. Lo demás importa poco, porque, tarde ó temprano, conocerán los indios cuáles son los propósitos de nuestros reyes y no serán los dijes y los cascabeles los que les sometan, sino la fuerza de nuestras armas.

—Respeto la opinion de vuestra ilustrísima,—dijo Colon,—pero conozco aquella gente lo bastante para comprender que tratándolos con dulzura, no solo

conseguiremos ser sus amigos, sino que, en vez de tener enemigos á nuestro lado, tendremos verdaderos y leales servidores.

Todos serán esclavos de los reyes nuestros señores, y más vale sembrar beneficios para recoger gratitud que llevar la desolacion y la muerte á aquellas vírgenes comarcas.

El obispo Fonseca insistia en que sus consejos eran los más eficaces, y como tenia gran influencia sobre el contador, uno y otro retardaban la adquisicion de los objetos que con tanto empeño y tan buen fin pedia el almirante.

No era esta la única divergencia que existia entre aquellos funcionarios y Colon.

Fonseca era un hombre de carácter caprichoso y estremadamente terco.

No podia menos de oponerse á todo lo que le decian, y despues de haberse manifestado en contra de cualquier opinion, aunque conociese que se habia equivocado, la sostenia con teson, y si era vencido en aquella lucha sufría, tanto que no perdonaba á los que causaban su sufrimiento.

Al tratar de fijarse el número de los que debian formar parte de la segunda expedicion, queria Colon llevar de mil quinientos á dos mil hombres vigorosos, valientes, sóbrios, de buenos sentimientos, porque su ánimo no era avasallar aquellos países que tan humildemente se habian prosternado ante él, que con tanto afecto le habian recibido.

Necesitaba, pues, hombres sumisos á su voz, vá-

lientes, fuertes para soportar toda clase de inclemencias y dóciles para obrar.

Fonseca opinó que debía limitarse á mil el número de los navegantes, y sobre esto hubo tambien cuestion y el superintendente contuvo la rápida marcha que llevaban los preparativos.

Conociendo Colon que podian sufrir averías los buques en el mar, pidió que se duplicasen en algunos las fuerzas más necesarias para no interrumpir la navegacion, y los gastos de todos los preparativos subieron extraordinariamente.

Eran mucho mayores que el presupuesto que se habia fijado, y con este motivo surgieron nuevas dilaciones.

Colon estaba autorizado por los reyes para mandar por su propia cuenta, sin intervencion de nadie, que se le facilitase lo que necesitaba.

Las cuentas de las obras que se practicasen debian ser presentadas al contador Soria, y la firma de Colon era bastante para que aquel abonase su importe.

Pero hubo más de una ocasion en que Soria, desairando la firma de Colon, rechazó las cuentas que le presentaban.

En las discusiones que sostenia el ilustre marino con las personas encargadas de activar y preparar la expedicion no tardó en comprender que aquellos hombres se complacian en aumentar los obstáculos que se oponian á su pronta marcha.

Acostumbrado como estaba á sufrir, tenia suficiente resignacion para perdonar las ofensas persona-

les que le hacian; pero si disculpaba las faltas de respeto de que era víctima, no podia consentir que aquellos hombres nombrados para auxiliarle, cuya mision principal era activarlo todo á fin de que la escuadra se diese á la vela lo más pronto posible, por cuestiones de amor propio retardasen el suspirado momento y fuesen rémora debiendo ser espuela.

Fray Diego de Deza, su antiguo amigo, le anunció su llegada á Córdoba, diciéndole que partia á reunirse á la córte y que se ponía á sus órdenes por si algo necesitaba.

Colon escribió una larga carta á su antiguo amigo Fray Juan Perez de Marchena, refiriéndole detalladamente su situacion con Fonseca y con Soria, la indiferencia con que éstos recibian muchas de sus órdenes, y la marcada intencion que adivinaba en ellos de contradecirle en todo.

Fray Diego de Deza, que tenia motivos para conocer el carácter de Fonseca y de Soria, partió inmediatamente á reunirse con los reyes, y en nombre de Colon les comunicó lo que pasaba.

No trascurrieron muchos dias sin que llegase un emisario con una carta para Soria en la que le decian sus majestades que, habiéndose enterado de los obstáculos que habia puesto á las resoluciones de Colon, le recordaban que era su verdadero jefe y que debia obedecerle en todo; esperando, por lo tanto, que fuese en lo sucesivo un leal servidor del almirante, porque de lo contrario tomarian medidas para castigar su conducta.

Apenas recibió este mensaje Juan de Soria, corrió á ver al obispo Fonseca, y enseñándole la carta:

—Ya veis,—le dijo,—ese hombre me ha delatado.

—No sé cómo los reyes prestan tanta atención á sus palabras, porque ha tenido valor para emprender un viaje por las inmensidades del Océano. Cualquiera marino hubiera hecho lo mismo. Si ha descubierto tierras, lo debe todo á la ciencia, no á sí propio. Tantos elogios como recibe, tantas ovaciones de que es objeto le han ensoberbecido, y hace mal, porque la suerte cambia muchas veces, y entonces los soberbios pagan en la época de desgracia la altivez que han tenido en la prosperidad.

—Vos sabéis,—añadió Soria,—que si nos hemos opuesto á sus deseos es por convenir así á los intereses del trono. Dispone de los fondos que se han reunido trabajosamente para costear la expedición, como si no se acabaran nunca; quiere emplearlos en bagatelas, en fruslerías, y natural es que nosotros, y sobre todo yo, que tengo á mi cargo las cuentas y que respondo de lo que pago, ponga coto á sus prodigalidades.

—Ese ha sido nuestro ánimo,—dijo Fonseca,—y creedme, señor don Juan, continuemos del mismo modo. Vos excusaos atribuyéndome á mí la falta de cumplimiento á las órdenes de Colon. Yo sabré contestar á los reyes, y no se atreverán á enviarme á mí cartas como esa. Vos me conocéis demasiado, y ya sabéis la influencia que tengo en su ánimo.

—En ese caso disponed lo que queráis.

—Nada, nada, dejádmelo todo por mi cuenta. Así como así deseo una ocasión de manifestar al almirante que no es tan grande su poderío como supone; que cuando más es mi igual, y que por consiguiente no estoy en el deber de acceder á sus caprichos. Pronto tendré ocasión de demostrarle que no me intimidan las comunicaciones que puede dirigir á la corte, que soy superior á él.

No se equivocaba el obispo Fonseca.

Colon, que amaba la gloria porque debía amarla; qué elevado á tanta altura por su época habia llegado á ser uno de los primeros hombres del mundo, queria al volver á aquellas tierras, en donde tan buenos antecedentes habia dejado, con todo el boato, con toda la esplendidez de un virey, de un representante de los reyes de Castilla, de un verdadero magnate, y aspiraba á que su servidumbre fuera digna del alto puesto que habia alcanzado.

Quería llevar los secretarios, los pajes, los escuderos, los servidores necesarios para vivir allí con las pretensiones y el decoro que un rey, y estaba decidido á realizar su deseo.

Comunicó á Fonseca su pretension, y el obispo, contestándole con arrogancia:

—Veo, Sr. Colon,—le dijo,—que os olvidais de que sois un vasallo de los reyes de Castilla. ¿Por ventura quereis aparecer en esos países como el soberano de quien no sois más que un servidor? Ni los fondos con que contamos bastarian á esos gastos, ni conviene á la dignidad de los reyes de Castilla otor-

garos ese capricho, que sólo tiende á satisfacer vuestra desenfrenada vanidad.

—Veo que olvidais vos,—dijo Colon en el mismo tono,—que soy el almirante de los reyes y el virey y gobernador de todas las tierras descubiertas y por descubrir en el mar Océano. Veo que olvidais que he recibido de los monarcas ámplios poderes, y que á vos mismo os han puesto á mis órdenes.

—¿Habeis podido imaginar semejante cosa?—dijo Fonseca.

—Leed la cédula en que se os ha nombrado superintendente de los asuntos de Indias.

—Permitidme que os considere embriagado con la gloria, por que sólo de esta manera podré sufrir que os hayais imaginado un sólo instante que el obispo Fonseca pueda estar á las órdenes vuestras.

Hubo una breve pausa.

—Qué respondeis á mi demanda?—dijo Colon.

—Os niego desde luego los servidores que me pedís. Bástaos un secretario, un paje, un escudero, tres ó cuatro criados; la servidumbre que pedís sólo al príncipe podría dársela.

—Comunicaré vuestra respuesta á los reyes.

—¿Pensais intimidarme con esa amenaza? No; no soy yo D. Juan de Soria. Ya sé que habeis escrito á la córte acusando á uno de los más leales servidores de los reyes de incuria en el servicio; pero si os han creído y á él le han enviado orden para que os obedezca, el obispo Fonseca no se halla en igual

caso. Escribid si quereis; yo no hago caso de vuestra amenaza.

En esto estaban de su conversacion, cuando uno de los familiares del obispo entró con un mensaje muy urgente.

—Un enviado de sus majestades,—dijo—trae para Vuestra Eminencia este pliego.

Fonseca miró á Colon.

—Leo en vuestra mirada,—dijo,—una satisfaccion inmensa. Habeis creído sin duda que este mensaje es parecido al que ha recibido hace pocos dias D. Juan de Soria: no lo creais; y para convenceros de ello, vez quién soy: abridlo vos, leedle en mi presencia en alta voz, y os convenceréis del afecto y respeto que me profesan los soberanos.

—Vez lo que decís, Sr. Fonseca,—dijo Colon.

—Abrid el mensaje: leedle.

—Pues oid.

Y Colon leyó con voz clara una carta en la que los reyes dirigian al obispo severas reconvenciones, le mandaban que tratase á Colon con el mayor respeto, que le obedeciese en todo y por todo, y que no opusiese el menor obstáculo á la realizacion de sus planes.

Los ojos de Fonseca despedian fuego.

—Ya veis,—dijo Colon,—que al mandar, he podido mandar.

—Lo que han hecho conmigo los soberanos es una injusticia, y me oirán, me oirán, porque no es posible que sin haberme calumniado hayan podido

dirigirme esa orden. Pero no importa; insisto en mi propósito: os niego la servidumbre que me pedís.

—Pronto tendreis que concedérmela,—dijo Colon.

Y partió, enviando con el emisario que habia llevado el mensaje una comunicacion manifestando la negativa del obispo.

Este á su vez envió á los reyes una carta humilísima atribuyendo lo que calificaban de incuria á los mejores deseos de economizar gastos en favor del trono, porque comprendía que no era la fuerza, sino la astucia la que debia emplear para vengarse del sonrojo que le habia hecho pasar Colon.

No tardó en recibir comunicaciones de los reyes mandando poner á las órdenes de Colon diez escuderos de á pié y veinte personas más para otros servicios domésticos.

Dando las gracias por su aparente bondad á Fonseca, le indicaron de nuevo que se esmerase en respetar á Colon, porque como la escuadra entera estaba bajo su mando, nada más justo que atender á sus reclamaciones.

Fonseca no olvidó nunca la escena de aquel dia.

Hombre soberbio, altivo, rencoroso—tal le pinta la historia—se prometió hacer pagar caro á Colon el triunfo que habia obtenido sobre él, y cumplió su palabra.

No por las órdenes que habia recibido de los reyes cesó de poner obstáculos á la expedicion.

Al contrario, por debajo de cuerda hizo cuanto pudo para retardarla.

Colon venció al cabo todas aquellas dificultades.

Los preparativos terminaron felizmente, y llegó el momento de darse á la vela.

Vamos á conocer á algunos de los más importantes personajes que le acompañaron en aquella expedicion.